

Ester Matte Alessandri

El padre Alonso de Ovalle y su histórica relación del Reino de Chile



ORRIA el siglo XVII cuando viene al mundo, en el apacible ambiente colonial, un hijo del capitán don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle y de doña María Pastene, nieta del capitán de ese nombre, que tan buenos servicios prestó al conquistador Pedro de Valdivia. Crece el niño, que más tarde será el Padre Ovalle, en un hogar donde es muy posible que bebiera desde su infancia el relato de los acontecimientos históricos, que impresionaron su sensibilidad y su imaginación, haciéndole tomar cariño a esa tierra, a ese cielo y a esos montes, suscitándole a la vez, la curiosidad por sus hechos y aventuras.

La educación la recibió de los Jesuítas, únicos depositarios de ella en aquel entonces, quienes moldearon en el joven estudiante su conciencia de creyente fervoroso.

Su carácter era dócil, de genio suave e inclinado a las cosas religiosas. Pedro Lira, en el mejor estudio que del escritor y de su obra se ha hecho hasta ahora, dice de él «que era de ingenio vivo, de atinado juicio y de natural bondadoso y leal». Es el carácter que debía tener quien sintió la naturaleza en sus manifestaciones más íntimas y quien la describió en un tono de tan suave armonía. Pero su docilidad no quebraba la fuerza

de sus resoluciones, pues contrariando los deseos de su padre, que ansiaba hacerlo depositario de un mayorazgo, tomó, a espaldas suyas, los hábitos religiosos, siguiendo lo que él sentía más fuerte: su vocación. Fueron inútiles los recursos sentimentales y judiciales con que trataron los familiares de hacerlo desistir de su idea.

Sabemos por Solar Correa, «que nuestro autor residió, mientras estuvo en el país, ordinariamente en Santiago. Profesaba aquí la cátedra de filosofía y llegó a ocupar el cargo de rector del Convictorio de San Francisco Javier, el más importante instituto educacional de la época».

En 1640 es enviado a Roma con el encargo de conseguir misioneros católicos para predicar a los araucanos. Los jesuitas creían firmemente en la pacificación de los indios por la conversión de ellos al catolicismo, es lo se llamó la guerra defensiva. Ellos veían posiblemente en esta divulgación de la fe, un aumento de sus adeptos que hacía más poderosa la religión. A su vez, los gobernadores y altos empleados representantes de la corona, muchas veces militares que no tenían mas sentido que el de la espada, preconizaban la guerra a muerte. Ellos obtenían así indios para sus encomiendas y ascensos en sus carreras como premio por sus actuaciones. El siglo XVII transcurre, en América y España, en esta lucha de intereses e ideologías contrapuestas. El padre Ovalle no queda ajeno a ella; él es un jesuita empapado en su vocación y además tiene un carácter bondadoso y sentimental que lo hace contrario a todo procedimiento inhumano. Quiere defender con ardor su causa y parte lleno de ilusiones a Europa a cumplir la misión que se le encomendara.

En su viaje se detuvo en Lima, donde predicó a pedido de la comunidad que había oído de su fama de orador, lo que efectuó con general aceptación, pues según Cassani «tenía en esto singular talento, era fecundo en el hablar, agradable en el decir, y como su voz salía de aquel corazón abrasado, encendía en devoción a cuantos le oían».

En España conoció al padre Luis de Valdivia y nos dice Medina que de sus labios oyó sin duda Ovalle los sucesos en que aquel jesuíta había figurado, dictándole quizás sus recuerdos e ilustrándole con sus conocimientos y larga práctica en los acontecimientos de Arauco.

Pero el continente europeo le depara atroces desengaños: Chile es totalmente desconocido y no hay mayor interés por mandar misioneros a las lejanas regiones que nuestro jesuíta pondera tanto. Su angustia es infinita, y su sentimiento de cariño hacia su rincón lejano aumenta notablemente. Su tenacidad no disminuye y se propone, entonces, hacer una crónica escrita de sus relatos con el fin de divulgar su tierra tan querida. Nace así su *Histórica Relación del Reino de Chile*. Pero aún aguardaba otro dolor al jesuíta. El ambiente literario imbuído de las galas suntuosas de Quevedo y Góngora no pareció recibir muy entusiastamente este libro sencillo y diáfano, que relataba los hechos sin ánimo de hacer ingenio, sino de describir sus impresiones referentes a una tierra que él amaba con la fuerza de su temperamento apasionado.

Invadido por la tristeza y el desengaño decide volver a Chile, después de recibir la triste noticia del terremoto de 1647, pero desgraciadamente no alcanza a ver nuevamente la nieve sobre los Andes. Muere en el Perú el 11 de mayo de 1651.

Su vida, como dice Solar Correa, había sido una mezcla de actividad práctica y de ensimismamiento contemplativo, cuya contraposición psicológica había dado un fruto, su *Histórica Relación*, aparecida en Roma aproximadamente en el año 1646. Editada en Chile en el año 1888 en la *Colección de Historiadores de Chile*, consta de 2 volúmenes de nutridas páginas que van dando cuenta en forma amena y original del desarrollo de un período de nuestra historia.

En el primer tomo cuenta el descubrimiento de América y de Chile, además de analizar a los pobladores de este reino y de describir en forma magnífica su naturaleza y propiedades.

Es esto lo mejor de la obra y sobresale en forma notoria sobre el resto. El tomo segundo dedicado a las batallas de los conquistadores y los indios y a los progresos que hace la fe, es más bien una enumeración histórica que se pierde frente a la riqueza emotiva de la primera parte.

Desde el punto de vista puramente histórico, la obra puede merecer objeciones. Su imaginación poética exaltada le hace ver los hechos con un criterio que desborda el marco de la realidad. Esto lo manifiesta muy claramente en algunas descripciones que miradas con un criterio literario no merecen el más mínimo reparo, muy por el contrario, son el reflejo de un temperamento ardiente, elemento indispensable en un artista, pero no en quien pretende hacer relación exacta de acontecimientos. Al referirse al río Salado, cuenta de sus aguas, que los caballos que suelen salpicarse con ellas al atravesarlo, muestran después de estar bajo el sol, sus cuerpos aljofarados. Al hablar de los frutos describe un racimo de uva de porte tal, que toda una comunidad comió de él. Hay vinos transparentes como el agua y frutillas del porte de una pera. ¿Puede haber así veracidad histórica en cualquiera de sus relatos?

Además hemos visto anteriormente que su fin no fué abordar científicamente hechos y problemas con criterio histórico y sociológico, sino divulgar y entusiasmar con sus relatos, para cuyo objetivo puso a su servicio su rica imaginación.

Pero en medio de la maraña imaginativa se desprende cierto fondo costumbrista que es muy ilustrativo para conocer la época. Las machis hacen sus curaciones con hierbas, la fertilidad del suelo es abundante y las aduanas no ejercían una vigilancia tan estricta como la actual. Medina ha observado muy justamente que Ovalle habla de la fertilidad y calidades del suelo, de las costas, lagunas, ríos, volcanes, etc. dando toda clase de nociones geográficas y estadísticas sobre las producciones del país, exportación de los frutos y de su precio, de las minas, plantas, peces y aves.

Por sus narraciones conocemos también gran parte de las características de los indios y hay aquí un mérito innegable: su imparcialidad para juzgarlos. Apartando el aspecto religioso, del cual no se libera nuestro escritor, los enfrenta a los españoles reconociéndoles sus atributos. El los considera idólatras pero no codiciosos como los españoles, y refiere el caso de un cacique que no podía comprender que los conquistadores hubiesen hecho un viaje con tantas penurias, por el afán de obtener algo que él considera tan despreciable, como el oro.

Hay una observación que revela el enorme sentido de la naturaleza que poseía el jesuita; refiriéndose a la valentía de los araucanos, la atribuye al paisaje de piedra que los limita y los llama hijos de la Cordillera. La psicología está así subordinada al paisaje.

La mayoría de estos relatos no son la manifestación de su contacto personal con los hechos, sino una especie de recopilación de autores. Ercilla, Herrera, el padre Luis de Valdivia y los anales de la Cía. de Jesús, escritos en un lenguaje sencillo con facilidad de expresión y en forma amena y agradable a pesar de cierta minuciosidad en los detalles. Pero en ellos se nota la ausencia del vigor de sus propios sentimientos. El es un lírico que tiene que vivir y sentir el paisaje para darle fuerza personal a su creación. Los hechos recopilados pierden en su pluma frescura e interés. Además, en sus relaciones da muchas veces importancia a los hechos, sin valorizar los individuos. No hay caracteres psicológicos personales, los hombres no se analizan en particular sino en grupo. Hay alusiones a la valentía de los indios a la intrepidez de los españoles, pero no se sabe mucho de Lautaro, Caupolicán ni Valdivia. Es la época de los combates en masa donde se destaca el conjunto por encima del hombre. Sin embargo hay algunos capítulos dignos de mención. Refiriendo la conversión y muerte de Caupolicán hay un trozo hermosísimo, el vocabulario es elegante y el estilo es flúido, produciendo una agradable sensación de suavidad y armonía.

Es uno de los pasajes más logrados de la obra «El que despacio y atento se pone a considerar los varios efectos de la divina predestinación y los diversos caminos por donde trae Dios a sus predestinados hasta ponerlos en la segura posesión del sumo bien, hallará sin duda entre motivos de alabanza de aquel señor que es admirable en sus santos y escogidos, otro de temor y desconfianza de sí mismo, viendo a unos arrebatarlos su infeliz suerte en los brazos y cariñoso regazo de la Iglesia y entregarlos a los sangrientos lobos de la impiedad y carnicería del infierno, cuando al contrario libra la poderosa y divina mano de sus gargantas a otros que agonizaban ya entre sus dientes para ser tragados y sepultados en él; nacen aquéllos y se crían a la luz y calor de la gracia y mueren en la sombra fría y tenebrosa noche de la culpa; cuando a éstos amanece el sol de justicia al último aliento de su vida, habiéndola pasado toda en las tinieblas de sus errores y gentilismos. Son excluidos de la gloria como extraños, los que tuvieron derecho a ella como hijos de la divina gracia en que algún tiempo vivieron, y en algún punto se hallan herederos del cielo y entran en su posesión los que en toda su primera vida no dieron un paso por alcanzarlo. Terrible dolor, desdicha sin consuelo, qué un bárbaro gentil pise las estrellas, no habiendo puesto sus pies en la Iglesia ni asomado jamás a sus umbrales hasta la última línea de su malograda vida; y que un cristiano criado dentro de sus puertas, en el camarín de sus hijos, príncipe jurado por la gracia para la herencia de reino de la gloria se condene!».

Hay también una gráfica descripción psíquica y física de los indios: «El espíritu bélico de esta gente tiene principio de su natural, porque son coléricos, impacientes, mal sufridos, furiosos, arrogantes, soberbios y feroces y en sus venganzas son notablemente crueles. Son por lo general de cuerpos robustos, bien formados, de grande espalda, pecho levantado, de recios miembros y bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, nervudos, animosos, valientes y atrevidos, duros en el trabajo y

muy sufridos en hambres, fríos, aguas y calores; son despreciadores de las propias comodidades y de la misma vida, cuando es necesario arriesgarla por la honra y libertad, sin desistir en lo comenzado, con porfía y constancia increíble».

Pero el don extraordinario del Padre Ovalle, es la descripción de paisajes, de campos y ríos, donde las piedras adquieren colores maravillosos, los ríos reflejos insospechados y el mar se pierde en el infinito. Es una armonía de sensaciones que se diluyen en un ritmo suave, donde alternan la montaña con su enigma de altura y el césped que emerge verde desde el fondo de la tierra. Hay en la Historia del Padre Ovalle, dice Vicuña Mackenna, un cierto atractivo y tinte poético que le acercan a esas narraciones amenas que son una leyenda o un cuento.

Pedro Lira lo considera el libro tal vez mejor escrito por mano chilena. No podemos acompañar a Lira totalmente en su impresión, pero estamos de acuerdo en su admiración por el estilo, por ese maravilloso vuelo lírico, que hace llegar la imaginación hasta elevadas cumbres, para dejar allí prendida una honda admiración.

Pero no sólo Lira tiene tan alta idea del escritor. Solar Correa, cree que es el más insigne poeta en prosa nacido en Chile

Y es que su Crónica está hecha en forma muy naturalista, deja ver que el autor es un gran amante de la naturaleza y que tiene un gran sentido poético. Es muy original el lirismo que tiene para concebir la historia en sus hermosos capítulos en que describe tanto la primavera y el estío, sus frutos y cosechas, como las fuentes, ríos y arroyos de la cordillera. Los nombres de estos capítulos son de suave poesía y nos introducen en sus descripciones: De las fuentes, ríos y arroyos de la Cordillera; De los árboles que se crían en Chile. De las aves que se crían en el país, y otros muchos en que la naturaleza va derramándose a través de la imaginación del poeta. Ovalle cuenta lo que ha visto, nos dice Medina, con estilo grave y reposado, con una medida que se acerca bastante a la familiaridad epistolar.

Hay un tono suave en la obra que revela una sensibilidad fina. Sensibilidad que lo ha hecho captar hasta los últimos detalles del más escondido rincón de belleza chilena. En el capítulo dedicado a la Cordillera se ve que el autor se ha extasiado en las blancas cumbres que mueren con el azul del cielo, ha perdido su imaginación en las sinuosidades del macizo andino y sus sueños han volado junto al aletear de los cóndores, describiendo sus impresiones en un hermoso trozo, en el cual se destaca lo siguiente: «Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que tal vez andando por la tierra la vemos sin que se atravesase cosa que nos impida su vista, y levantando los ojos al cielo no le vemos por impedirle las nubes de que está cubierto; al contrario hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra sin que podamos divisarla y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza.

El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabel de nuestros pies, cuando los que están en él, le contemplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquellas peñas enjutas y secas al mismo tiempo que se desgajan las nubes de agua e inundan la tierra, como lo he visto muchas veces que tendiendo la vista hacia abajo, miraba que llovía con gran fuerza, y al mismo tiempo que estaba contemplando desde lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de los valles y quebradas; levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire, ni pudiese impedir su hermosa vista».

Solar Correa hace la siguiente observación a este respecto: *Ercilla no vió nuestro paisaje; Oña vió lo que no existía; llega Ovalle y he aquí que descubre la cordillera.*

Las fuentes y manantiales con el murmullo de misterio que aportan a la naturaleza han comovido también las fibras sensibles del Padre Ovalle, las compara con perlas desatadas y

describe una de ellas en forma tal, que parece que el autor penetrara junto con el lector, en un país de encantamiento: «Debajo de este puente se ve un tablón de peña viva, sobre el cual corren cinco canales de agua que nacen allí de una fuente, y es el agua tan caliente que va hirviendo por ellos, y es muy salobre, y las piedras por donde sale y corre tienen un color como de esmeraldas. Lo cóncavo de esta puente, que sirve como de techo y bóveda a esta peña y fuente, que por ella corre, sobrepuja en su belleza y artificio a toda arte humana, porque penden de ella con estremada labor y natural artificio, vistosos florones, pingantes y piñas, todas de una piedra a modo de sal, que de la humedad que de arriba fué penetrando todo el grueso de la puente, se fueron congelando a manera de puntas de diamantes, y otras mil figuras que adornan aquel techo, de donde asimismo llueve perpetuamente unos gruesos goterones del tamaño de garbanzos, y otros como yemas de huevos; los cuales cayendo en aquel tablón de piedra, que hace pavimento a esta bóveda, se convierten en piedras de varias figuras y colores de no poca estimación; de manera que toda aquella natural fábrica y edificio, está llena de aquella pedrería».

Le impresiona al escritor el paisaje y su quietud, demostrando en las descripciones una marcada sensibilidad para percibir el color, el que busca en el fondo de los ríos, en los pétalos de las flores, en la inmensidad de las montañas, haciendo maravillosas pinceladas poéticas.

Hay una armonía de colores y sonidos, flores silvestres, árboles siempre verdes que alternan con el canto alegre de los pájaros y el ronco tintinear de las campanas. Es una verdadera orquesta de la naturaleza, de la cual se desprende la musicalidad de los pájaros «Formando, dice, unos el bajo, otros el tenor y otros el contralto y tiple, hacen una armonía del cielo, particularmente en el verano, cuando se recogen a sestear a la sombra de los árboles».

Sumergido en la atmósfera de las flores y los pájaros no puede salirse de ella ni incluso para observar sus alternativos cambios, y es así como las lluvias son anunciadas por un cuervo. La naturaleza tiene, pues, para él sus propios guías; se abastece por sí misma y el hombre es un elemento inmerso en ella cuya mayor actividad es contemplarla. Esta por lo menos es la actitud que tiene el padre Ovalle.

Demuestra también gran facilidad para la descripción, habiendo algunos pasajes notables, como aquel del ave que nosotros conocemos con el nombre de picaflor: «Llaman los españoles a estos pájaros pechicolorados, porque no hay gama ni escarlata que llegue a la fineza del rojo de su pecho; las demás plumas del cuerpo y de las alas son pardas». «Son estos pajaritos los de mejor vista y hermosura que se conocen, porque si fueran hechos de bruñido oro, no pudieran lucir ni resplandecer más, aunque el color no es de oro simple, sino esmaltado de verde por todo el cuerpo y alas, y los machos se distinguen de las hembras en que tienen la cabeza esmaltada de naranjado tan vivo, que parecen llamas de fuego».

Hay algunas recetas de índole casera, que llaman la atención por su rusticidad, donde no se pierde tampoco el sentido poético. Ejemplo de una es aquella en que recomienda para quitar el vicio de la embriaguez, tomar estrellas de mar hechas polvo, remedio eficacísimo contra el mal.

Pero desgraciadamente este sentido misterioso de la naturaleza, la que siempre parece tener un más allá de incógnito, lleno de poesía y grandeza, se debilita notablemente en las descripciones en que relaciona su sentimiento religioso. Las iglesias y procesiones están desmenuzadas en detalles inútiles y sin interés, que pierden al escritor y aburren al lector. Sólo en los milagros salva un poco la monotonía, gracias a su imaginación fecunda, exponiendo algunos casos que logran dar un poco más de interés a la narración. La obra, dice Montalvo, corresponde al título, con que se descubre la piedad de este religioso, que no

supo tratar de la tierra sin introducir en su narración los sucesos del cielo».

En realidad Ovalle no es un crítico de hechos, ni un buen escritor religioso. Es un sensitivo que vibra con el paisaje chileno, el que describe muy gráficamente, sin apartarse de un tono poético del que impregna su obra. El es el primero que incorporó en nuestra literatura el paisaje chileno y su cordillera, internándose en la mole andina hasta beber en sus ríos y tocar sus rocas, las que sólo se habían contemplado antes, desde la lejanía de los atardeceres.

Su obra podría considerarse como una aventura poética, cuyo héroe principal, la naturaleza, aparece y desaparece en todas las modalidades de sus aspectos: ya bien es ruda y maciza en la cordillera, o tierna y melancólica en sus pétalos y cascadas. Y el lector siente al terminar la última página, una suave nostalgia de algo que se va entre perfumadas aromas, que se pierde en medio del serpentear de los ríos, llevándose un poco de nuestra sensibilidad adherida a esa visión maravillosa del paisaje chileno.

BIBLIOGRAFÍA

Histórica Relación del Reino de Chile, por el Padre Alonso de Ovalle. Colección Historiadores de Chile, 1882. Introducción de don José Toribio Medina.

El Padre Alonso de Ovalle, su vida y su obra, por Pedro Lira U.

Semblanzas Literarias de la Colonia, por Eduardo Solar Correa.